

ambos verbos. Los dos capítulos siguientes continúan el estudio de dicha relación, pero ya desde una perspectiva positiva centrándose en los signos realizados por Jesús, en cuya persona se centra el capítulo cuarto. En el último se señalan de forma resumida los aspectos estudiados, así como la teología del ver y el creer en el IV Evangelio.

Al tratar los discursos de Cafarnaún, alude a las opiniones sobre su carácter sapiencial o eucarístico. Opta por la opinión de León-Dufour que estima la índole sapiencial y eucarística de ambos discursos. Sin embargo, nos parece que el primer discurso, sin dejar su conexión con la Eucaristía, acentúa el matiz sapiencial con la referencia a Jesucristo como Pan de vida y sus contactos con el léxico sapiencial. El segundo discurso es más explícitamente eucarístico llamando a Jesús el Pan vivo.

También en estas perícopas de Jn 6 presenta un estudio meticuloso de la estructura, cercana a la Caba pero diversa. Sin negar el valor en orden a explicar el texto, así como enorme trabajo de análisis que implica el método estructural, se tiene la impresión de que las conclusiones son en gran parte subjetivas, pues es muy raro que haya unanimidad entre los estudiosos, que se empeñan en presentar su propia estructura (cfr. pp. 281 ss).

Al hablar del Bautista hace una distinción que recuerda la del Cristo de la fe y el Jesús de la historia (cfr. p. 393). En efecto, distingue entre el Bautista histórico y el Bautista joanneo. Aparte de la poca originalidad, nos parece que habría que matizar pues da la impresión que el relato va por un lado y la realidad por otro.

Afirma que los relatos de la vocación de los primeros discípulos tienen sus paralelos en los Sinópticos. Es cierto en

cuanto el hecho de la llamada, pero de ahí no pasa el paralelismo. Él mismo reconoce que el relato joánico es singular y característico. Cuando habla de la fe de Juan al llegar al sepulcro acentúa que ocurrió así porque era más joven que Pedro y su amor por el Maestro era mayor (cfr. p. 498). Es una consideración con cierto valor psicológico, pero en realidad el relato dice que al ver el sudario colocado aparte y la sábana plegada fue cuando creyó. En la p. 547 matiza al decir que «el Discípulo amado al ver la tumba vacía, los lienzos envueltos y el sudario creyó...». De todas formas insiste que «su vista fue potenciada por el amor...».

Al final señala que la importancia de la visión de lo material como base para la fe, es decir, la capacidad de mirar más allá de lo aparente es imprescindible para recibir el don de la fe, «sin necesidad de tener que recurrir a visiones estáticas o revelaciones espirituales, las que siempre pueden tener una alta connotación subjetiva». También considera que después de la Encarnación y de la Resurrección de Cristo el abismo que separa a la criatura de su Creador se ha superado con creces, pues desde entonces hemos aprendido que podemos llamar Padre a Dios, «y a Jesús y a los otros hombres: *hermano...*».

Antonio García-Moreno

## TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

Eloy BUENO DE LA FUENTE, *La dignidad de creer*, BAC («Estudios y Ensayos», 81), Madrid 2005, 304 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-788-1.

El Profesor de la Facultad de Teología de Burgos y actual Decano de la misma, completa su anterior obra *Espa-*

ña entre cristianismo y paganismo, con este nuevo libro. En él elabora teológicamente una respuesta pastoral a lo que describe como horizonte cultural de la increencia, considerada como una interpelación a la conciencia y a la ciencia de los cristianos, con su presencia en nuestra sociedad tanto en la forma del retorno al paganismo como en la pretensión de un cristianismo poscristiano.

Pastoralmente ya resulta útil la información, el análisis y exposición de la evolución del proceso de distanciamiento de la fe cristiana de una cultura que alcanza sus más valiosas aportaciones, paradójicamente, como fruto de sus raíces cristianas. Y que, al separarse de ellas, queda sometida a un proceso de resultados ambiguos, necesitado de enjuiciamiento y recuperación de lo más valioso y, por tanto, de prolongación de su elaboración cultural, a la vista de sus logros y sus direcciones erradas. La obra empieza así con un diagnóstico, bien informado, del ambiente cultural occidental ilustrado y post-ilustrado, del que participa la sociedad española tanto de modo difuso como en la obra personal de pensadores destacados. Quizá habría que matizar alguna afirmación circunstancial, como el enjuiciamiento de la obra de Wilde que señala el inicio de su conversión. Y no habría resultado inútil una referencia suficiente a la misma obra de reconsideración que Juan Pablo II ha realizado, magisterialmente o en cuanto escritor y protagonista de una etapa cultural apasionada, tal como hace sapiencialmente, por ejemplo, en su último libro-entrevista *Memoria e identidad*.

El cuerpo del libro se ocupa de la dignidad del creer cristiano, y es una aportación claramente acertada. Ya el punto de partida —no la apología justificativa, sino el dar razón de la riqueza

crisiana— es un claro acierto. Toda la propuesta trasluce, en filigrana, el trabajo de quien conoce bien el pensamiento de von Balthasar (del que ha traducido al castellano la *Teodramática*) y no se queda en mera glosa o adaptación. El núcleo está centrado en la experiencia no de la belleza sino de la alegría, aunque puede con razón pensarse que no están muy lejos una y otra. Tanto la aproximación, desde este punto de vista, al Misterio de Dios, Misterio de Gozo, cristianamente desvelado y comunicado, como también al efecto del encuentro y a los caminos por los que se hace accesible, son verdaderamente bellos y certeros, intelectualmente solventes y capaces de descubrir la apertura del hombre en búsqueda de plenitud, y de provocar el atrevimiento, no ilusorio, de no encerrarse en la finitud ni en la resignación. Si otras perspectivas priman la apertura desde la búsqueda del sentido, desde un punto de vista más subjetivo, pero que remite a la realidad que lo despierta y plenifica, ésta prima la trascendencia de la alegría, pero con las resonancias subjetivas que acompañan a su comunicación.

La tercera parte del libro se refiere, consecuentemente, al lugar eclesial de la manifestación y del encuentro. El núcleo está en la dimensión personal, y por tanto de comunión, de la Iglesia. Y añade algunas consideraciones históricas, tanto sobre la eficacia cultural trascendente de la irrupción de Dios en Jesucristo y en la Iglesia, como sobre el debate en torno a la identidad cristiana de Europa, sobre la laicidad de la cultura y la miseria del laicismo excluyente.

En definitiva, un libro que aporta información y discernimiento, pero, sobre todo, una propuesta que ilumina y abre horizontes.

Enrique Parada